

INTRODUCCION

I. VICENTE GREZ: VIDA Y OBRA

Vicente Grez nació en Santiago de Chile en 1847 y murió en la misma ciudad el 28 de mayo de 1909. Luego de cursar sus estudios secundarios en el Instituto Nacional ingresó a la Universidad de Chile para seguir la carrera de Derecho que no concluyó.

Sus primeras incursiones en el campo de las letras fueron colaboraciones en diversos periódicos de sátira política de su tiempo. Allí comenzó a hacer famosa la agudeza de su ingenio que le llevó a ser verdaderamente temido en la sociedad de la época por la oportunidad y mordacidad de su lengua.

En 1875 ingresó a la administración pública, en la que desempeñó varias funciones y puestos. Durante un breve período llegó, incluso, a ocupar un sillón parlamentario en el Congreso Nacional, en calidad de diputado. Su carrera política se vio interrumpida durante la revolución de 1891, ocasión en que el Presidente Balmaceda lo desterró al Perú.

De vuelta al país reinició su trabajo periodístico, colaborando en los principales diarios de la época. Sin embargo, su actividad propiamente literaria se interrumpe a partir de 1887, a pesar de lo cual la Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad de Chile le incorpora

como miembro en 1899, en virtud de los méritos alcanzados por Grez en el campo de las letras.

El trabajo de Vicente Grez como escritor es ciertamente dilatado e importante. Se inicia en 1880, con la publicación de *El Combate Homérico*, afortunada recreación histórica de la gesta naval de Iquique; continúa con *Las Mujeres de la Independencia*, serie de esbozos biográficos. La aceptación que ambos textos han tenido entre los lectores está testificada por las reediciones de que han sido objeto: en 1910, 1920, 1970 el primero; en 1910 y 1946 el segundo.

La bibliografía de Grez no excluye la lírica: en 1882 publica un volumen: *Ráfagas*, en cuya poesía puede encontrarse los ecos de la sensibilidad romántica de G. A. Bécquer, junto a la influencia de la lectura del alemán H. Heine.

También en 1882 ve la luz el primer trabajo del autor sobre crítica de arte: se trata del estudio *Antonio Smith* en que se analiza la obra paisajística del famoso pintor y caricaturista político chileno del siglo pasado.

Emilia Reynals, publicada en 1883, marca la iniciación de la obra novelística de Grez. La continúan sucesivamente *La Dote de una Joven*, 1884 (se reedita en 1911); *Marianita*, 1885 (reeditada en 1899 y 1912), y por último *El Ideal de una Esposa*, 1887 (reeditada en 1911).

Una postrer novela del autor *Genio sin Alas*, que comienza a publicarse en la *Revista Nueva*, Santiago de Chile, 1900, queda inconclusa.

La última obra de Grez es, a la vez, el primer intento nacional para efectuar una obra general sobre la Historia del Arte en Chile: se trata de *Les Beaux Arts au Chili*, 1899.

2.. LAS NOVELAS DE VICENTE GREZ

Dentro de la dilatada labor literaria de Vicente Grez (de la que hemos excluido su abundante labor periodística,

en la que resaltan los artículos sobre la vida, personajes y costumbres santiaguinas y las de crítica de arte), es sin duda la novela el género en el que logra sus mayores aciertos.

Grez fue calificado, ya en su época, como el continuador más inmediato y afortunado de Alberto Blest Gana: en efecto, los asuntos y motivos dominantes de sus primeras novelas se asemejan a los preferidos por el autor de *Martín Rivas*: contraposición de la vida en las provincias y la capital en términos éticos; caracterización de la metrópoli como un centro dominado por la ambición y las pasiones, encubiertas por el resguardo de las apariencias (contradicción que condiciona la deformación de las relaciones humanas y la frustración de los seres), etc. Pero dentro de estas coincidencias, la obra de Grez se diferencia de la de su maestro, en cuanto la tendencia literaria a que se adscribe la generación de nuestro autor (iniciando una larga vigencia en nuestras letras) es el naturalismo, lo que determina, por una parte, una mayor acridad en la visión de los sectores sociales en sus novelas; un examen más agudo de la perversión de las pasiones humanas y una cuidadosa descripción, determinista, del temperamento de sus personajes, que aparecen privados de la libertad y sometidos al imperio de "sus nervios y su sangre" según la famosa expresión de Zola.

3. SU MEJOR NOVELA: "EL IDEAL DE UNA ESPOSA"

Justamente es la profundidad que las características señaladas alcanzan en *El Ideal de una Esposa* lo que ha hecho que esta obra sea considerada, generalmente, como la más representativa y de mayor calidad dentro de la producción novelística de Vicente Grez.

La obra narra el matrimonio entre dos jóvenes que representan distintos modos de vida (tradicional el de ella, modernizante el de él) que pronto hace crisis al descubrir

la esposa, Faustina, una infidelidad de su marido Enrique. El especial temperamento de la joven hace que el adulterio de su esposo se le aparezca como una falta irreparable, acrecentada por la pasión enfermiza de los celos que la aqueja y el propio carácter de su consorte, débil e irresoluto. El padre de Faustina trata infructuosamente de lograr la reconciliación del matrimonio en aras sobre todo del hijo de éste: Luchito, niño enfermizo y feble. Paradojalmente Guillermo, el médico que atiende al pequeño paciente, que despierta en Faustina un sentimiento amoroso que no llega a consumarse, pero que se contrapone a la moral férrea que pretende exhibir la joven. Sin embargo, a pesar de que tal experiencia pudo haberle mostrado la general debilidad humana, ni siquiera la muerte de Luchito logra hacer que Faustina perdone a su marido. El señor B, padre de la muchacha, piensa que en su lecho de muerte hará reconciliarse al matrimonio, pero el lector ha comprendido que tal reconciliación es imposible.

4. HISTORIA CRÍTICA DE LA NOVELA

La crítica, con escasas excepciones (como la de A. Zum Felde, en su *Índice Crítico de la Literatura Hispanoamericana*, para quien Grez "sigue apegado a la tradición del novelón romántico, llegando al colmo del anacronismo en *El Ideal de una Esposa*, típico folletín a la Montepin"), ha resaltado las virtudes de esta novela, insistiendo en algunos aspectos de ella pero ignorando otros.

Tal característica es advertible en dos comentarios de la obra, que aúnan a la condición de ser, cronológicamente, los dos extremos de la historia crítica de la novela, el hecho de constituir, fuera de la duda, los dos más completos análisis de ella: el de Luis Covarrubias (reproducido en *La Novela en Chile* de L. Ignacio Silva, Santiago, 1910, pp. 156-165) y el de Cedomil Goic (en *La Novela Chilena* Santiago, 1968, pp. 50-70 y 188-192).

Covarrubias inicia su artículo diciendo: "Para hablar en justicia y con entera franqueza es necesario decir que la novela *El Ideal de una Esposa*, recién publicada, es una de las mejores que la literatura nacional ha producido en los últimos tiempos, pero que no alcanza al grado de perfección absoluta requerida en obras de este linaje que se le ha atribuido pública y privadamente". La carencia de perfección que achaca a la obra se debe en parte a "la propensión a la escuela naturalista" que el crítico considera "perniciosa al arte". Covarrubias se ocupa a continuación de resumir latamente el argumento de la novela, cuyo tema es "una lucha de pasiones y sentimientos". En ello reside a su juicio el real valor de la obra: "El mérito intrínseco de la novela —insiste Covarrubias— está, pues, en la lucha de las pasiones y de los sentimientos que el autor nos presenta, arrancada con mano firme del teatro de la vida, y desarrollada mediante la observación de los caracteres y de la lógica profunda del corazón humano. Este mérito, excusado parece manifestarlo, no es muy inferior, por cierto, al que tienen las mejores novelas de nuestros días que, inspirándose en las sanas ideas de la escuela realista, respiran el ambiente de su vida en el corazón de la sociedad".

Estas palabras, que podrán aparecer opuestas a la opinión del crítico sobre el naturalismo, son esclarecidas en cuanto se enumeran las fallas de la novela: allí Covarrubias demuestra no comprender el determinismo temperamental que rige a los personajes y que peralta la acción. Justamente es ese aspecto, inédito hasta entonces en la narrativa chilena, el que marca el verdadero "naturalismo" de Grez. Covarrubias no lo entiende así, y cae en el error común durante largo tiempo en la crítica literaria hispanoamericana de confundir la tendencia naturalista con la preferencia por las situaciones brutales o escabrosas.

El penúltimo párrafo de la reseña que comentamos es ejemplo de la actitud "Y no cuento como lunar, propiamente, de la novela, la propensión a la escuela naturalista

que indiqué al principio de estas líneas, porque, más que error del autor, es defecto del sistema. Esa propensión se manifiesta en la escena de la comida en la Quinta del Tamar, escena que el señor Grez ha dibujado con asaz de coloridos detalles que serán necesarios para palparla (si vale la palabra), pero que son inútiles para el efecto de conocer el alcance de la traición de Enrique a su esposa, y perjudiciales para alimentar con ellos la fantasía y el corazón de los lectores. Yo no pienso, como un crítico amigo mío, que sea una lástima que en este capítulo el autor "vacile en algunas ocasiones, no use la palabra propia, el colorido fuerte y brutal, pero más verdadero y que impresiona más", sino, por el contrario, que es sensible que el señor Grez se haya dejado llevar del sistema naturalista, y que lo sería más aún que, siguiendo advertencias poco saludables, llegase en obras posteriores a usar el *colorido brutal* con que se ufana el naturalista".

Justamente es en el naturalismo de la obra (pero ahora en sentido recto) donde Goic descubre su primera importancia. En su detallado análisis el crítico llama la atención en primer lugar sobre las características del narrador: su discreción, su sensibilidad pictórica (negada por otros) y, sobre todo, dos aspectos novedosos y fundamentales en la novela: el primero "La exhibición de una fundamental contradicción interna de la vida social en la cual dos tiempos diferentes (colonaje y modernidad) coexisten irreduciblemente en la rigidez de sus términos contrapuestos". El segundo, que "La visión del espacio que tiene el narrador emerge, esencialmente, merced a un estrato ignorado hasta el momento de la realidad humana: el de la conciencia". Son los cambios en la conciencia moral de los personajes los que modifican el proceso narrativo. Esa conciencia es determinada, fundamentalmente por el medio y el momento histórico que reviste características ya señaladas; sin embargo, para Goic "En lo más significativo, el narrador, penetra sin embargo, en una dinámica dimensión psicológica que muestra a los personajes en una perspectiva evo-

lutiva, en transformación reveladora de su esencia oculta. Los personajes no tienen de esta manera una dimensión plana, sino que se ofrecerán en relieve, sorprendiendo con la manifestación repentina de aspectos desconocidos de su personalidad”.

Esta característica no invalida la organización de la obra de acuerdo a los esquemas de la novela experimental: observación, hipótesis, experimentación, tesis, comprobación y ley: “Se advierte que la novela —dice Goic— dividida en dos partes, dispone la primera para presentar los antecedentes causales de la historia que se va a contar en la segunda. Corresponde, la primera parte, a una cuidadosa observación del medio y de las circunstancias en que tienen su origen los personajes protagonistas de la novela. La segunda parte, dispone las cosas de tal manera que, observadas las características de los personajes y su extracción se explica la extraña unión que puede producirse entre dos caracteres diferentes. Al presentarse el primer conflicto matrimonial, comienza a ponerse de manifiesto la radical incompatibilidad de los caracteres contrapuestos y de los aspectos representados por los personajes”.

La visión del argumento que a continuación ofrece el crítico ilustra la disposición señalada, destacando además el papel que en ella corresponde a la patológica forma que los celos revisten en la protagonista, y la significación que el amor adúltero que en un momento concibe por el médico de su hijo (en flagrante contradicción con su actitud frente al marido) tiene en cuanto ratifica el principio, caro al naturalismo, según el cual ningún humano está libre del imperio de los instintos.

El artículo de Goic, luego de pormenorizar el carácter de novela de personaje que ostenta *El Ideal de una Esposa*, y de indicar la ley estructural que la preside (ilusión y desengaño o apariencia y realidad) concluye reafirmando su adscripción a “definidas normas de la novela naturalista” e indicando que “La función edificante que en *El Ideal de una Esposa* se pone de manifiesto tiende a proclamar una

actitud comprensiva frente a la realidad positiva del progreso y de los nuevos tiempos y a sancionar en su rigidez tanto como en su debilidad dos sectores sociales contrapuestos y dos morales que en ellos se muestran”.

5. LA NOVELA Y SU EPOCA

El apreciable comentario de Luis Covarrubias y el excelente estudio de Cedomil Goic tienen algunos puntos en común. Ambos (peyorativamente el primero, meyorativamente el segundo) señalan la tendencia naturalista de *El Ideal de una Esposa*; ambos, también, recalcan la importancia que las pasiones, singularmente los celos de la protagonista, tienen en la obra; ambos insisten en la presencia de dos caracteres (temperamentos) representativos de dos modos de existencia antagónicos; ambos, por último, muestran la importancia que un momento histórico concreto tiene para la cabal comprensión de la obra, pero no insisten en el punto: de alguna manera lo menosprecian.

Atengámonos, pues, a esta última cuestión. La acción de *El Ideal de una Esposa* transcurre en un tiempo indeterminado en la narración misma; pero algunos elementos aislados permiten discernir el asunto de ella.

Así, por ejemplo, las menciones de algunos adelantos que suponen algún avance tecnológico, verbigracia el alumbrado a gas, que se introduce en Hispanoamérica hacia mediados del siglo XIX y en el que se insiste en no menos de tres oportunidades (“la luz del gas” que alumbró el salón de Hortensia, “los faroles del gas” que iluminan la noche santiaguina en que Faustina va en busca de su esposo, y “los mecheros de gas” del Club a que pertenece Enrique). Así también la presencia de calles pavimentadas (“el suave pavimento macadamizado”, las aceras de asfalto) propias del ornato y ciudades urbanas que caracteriza a las ciudades de nuestro continente por la misma época.

Alguna aparición de personajes concretos, como el doc-

tor Allende Padín, (1) que integra la junta médica que examina a Luchito permite fijar el tiempo en que transcurre la acción como muy próximo a aquel desde que se narra: esto es, en el siglo pasado, en la década del 80.

Pues bien, esta especificación del asunto, que puede parecer evidente y por tanto ociosa, es importante en cuanto fija los términos temporales de lo narrado, en fechas de extrema importancia histórica, social, económica y política para Hispanomérica.

A mediados del siglo XIX comienza a surgir un nuevo orden latinoamericano: se trata de la instauración de un sistema neocolonial que se consolida "sobre todo desde que la relación con las zonas económicas metropolitanas comenzó a cambiar; este cambio es un aspecto del que a partir de mediados del siglo afecta a la entera economía metropolitana" (T. Halperin Donghi, *Historia Contemporánea de América Latina*) y que se manifiesta en un doble aspecto: por una parte en la ampliación del mercado para los productos de Latinoamérica, por otra en la oferta, desde las metrópolis de capitales necesarios para una modernización de la economía de nuestro continente.

Esta situación que se traduce en un auge económico en Hispanoamérica, trae aparejada una serie de progresos técnicos; la nueva riqueza y los nuevos contactos cultura-

(1) El Dr. Ramón Allende Padín, 1840-1884, conocido en su tiempo como el "Colorado Allende" (tanto por sus características físicas como por sus ideas laicas y progresistas), fue abuelo del actual Presidente de Chile, Dr. Salvador Allende. Del Dr. Allende Padín escribió Vicente Grez la siguiente descripción: "...parecía extranjero. Era de regular estatura, rubio y de fisonomía encendida. Usaba anteojos. Era uno de los médicos chilenos más ilustres, tan respetado y querido por su ciencia como por su filantropía. Los niños lo adoraban porque una bondad y una ternura infinitas parecía desprenderse de sus palabras y de todo su ser". (*El Ideal de una Esposa*, II, 16).

les acarrear también una serie de cambios en las costumbres, las artes, el vestuario, la arquitectura de nuestros países.

El nuevo pacto colonial que liga a Hispanoamérica a nuevas metrópolis (Gran Bretaña, Francia, EE. UU.) cobra pronto sus víctimas en los sectores medios y populares urbanos latinoamericanos y sobre todo en los sectores rurales. Surgen también una oposición entre los grupos dirigentes de tendencia liberal y la resistencia conservadora, representada a menudo por la Iglesia, que añoraba el antiguo orden.

“En 1880 —años más, años menos— el avance en casi toda Hispanoamérica de una economía primaria y exportadora significa la sustitución finalmente consumada del pacto colonial impuesto por las metrópolis ibéricas por uno nuevo. A partir de entonces se va a continuar la marcha por el camino ya decididamente tomado” (Halperin Donghi, op. cit.).

Dentro de este contexto histórico y social se pueden comprender diversos aspectos de *El Ideal de una Esposa* en niveles superficiales, como algunos ya anotados y otros (centralizados sobremanera en la rápida fortuna alcanzada por Enrique y el aparente deterioro económico que sufre el Sr. L. B., representante del nuevo y el antiguo orden respectivamente) que marcan una aprehensión inmediata de algunas características del auge económico reseñado.

Así al referirse a la mansión de Faustina y Enrique: “La fachada era de un estilo elegante y sencillo: un pórtico majestuoso sostenido por cuatro columnas, formaba el centro del edificio, y a cada costado había tres grandes ventanas cubiertas de rejas bronceadas. El segundo piso tenía la misma arquitectura, pero las proporciones eran más reducidas. Un fino estuco, imitando el mármol, cubría las murallas y envolvía las columnas”. Tal descripción marca el nuevo gusto arquitectónico de las clases altas de la época, que reemplaza a la tradicional casa de tres patios chilena.

Así también cuando describe el vestuario de Enrique: "Vistióse con su acostumbrada elegancia, con cierto refinamiento de mal gusto que había adoptado desde que sus costumbres se habían hecho más fáciles y mundanas".

6. ESPECIFICIDAD AMERICANA DE LA OBRA

Pero también a niveles más profundos puede encontrarse relaciones entre la novela y la época. Aventuremos sólo una hipótesis que, ciertamente, requerirá mayor desarrollo. De alguna manera *El Ideal de una Esposa* constituye una especie de alegoría del proceso social hispanoamericano (y chileno) de la segunda mitad del siglo diecinueve. El papel de la protagonista, Faustina, corresponde al de una parte de la sociedad, la conservadora, cuya integración al nuevo orden surgido es problemática y dificultosa (la acendrada religiosidad de Faustina y su familia, las veladas críticas que el narrador esgrime en contra de la Iglesia e, incluso, la religión, no son ajenas a una interpretación de esta índole). Faustina siente la necesidad de incorporarse a "lo moderno" en dos instancias sucesivas: cede el encanto del lujo, de la despreocupación, del cinismo de Enrique; cede después a la sabiduría, el espíritu científico (rasgo también moderno) del médico Guillermo. En ambas oportunidades su particular axiología le impide la integración.

El tránsito de Faustina no deja de ser decidor: de la vida monacal que lleva en la casa paterna, al lujo y boato de la existencia de Enrique; del espíritu religioso en que se refugia al constatar la infidelidad de su esposo, a la actividad (pseudo) científica que la aproxima a Guillermo; de esto al anonadamiento y a la destrucción final.

Sin embargo, el camino que recorre Faustina, su búsqueda del "ideal", no hace sino repetir el camino de todo héroe novelesco. Los valores que busca no se encuentran en el mundo, fundamentalmente degradado con respecto a

ellos, pero tampoco se encuentran en su conciencia como una realidad plena y efectivamente vivida, sino como un *deber ser*. Es más: tales valores existen en la propia conciencia del narrador también de manera degradada. En este sentido, la función edificante propia de la novela moderna (que según Goic en *El Ideal de una Esposa* "tiende a proclamar una actitud comprensiva frente a la realidad positiva del progreso y de los nuevos tiempos y a sancionar en su rigidez tanto como en su debilidad dos sectores contrapuestos y dos morales que en ellos se muestran") no es tal, sino el reconocimiento del fracaso de la búsqueda, de la imposibilidad de ella: la asunción del mundo de la degradación. El señor B., representante de "los viejos tiempos" dice en el párrafo final de la obra y teniendo siempre en mente la posible reconciliación de Faustina y Enrique: "Sí; ese será el momento oportuno... en el instante de mi muerte... Ni ella ni Enrique resistirán a los ruegos del que les abandona para siempre. Se arrodillarán junto a mi lecho y los bendeciré. Será como la celebración de un nuevo matrimonio. Esperemos..." La espera y la esperanza son inútiles: el camino, según la expresión ya casi clásica, ha terminado sin que se haya iniciado jamás.

Esa estructura, común al género novelesco, alcanza características especiales en la Hispanoamérica decimonónica, cuyo desarrollo socio-económico difiere profundamente del europeo. La oposición de dos modos de existencia paralelos que provienen de ese peculiar desarrollo (modos de existencia relacionados el uno con el pasado colonial, la religión, el patriarcado y una economía primitiva; el otro con la modernidad, el libre pensamiento, cierta nueva moral y el surgimiento de formas capitalistas) se repite en novelas hispanoamericanas ya desde las postrimerías del romanticismo (piénsese en *María*), pero adquiere especial fuerza a partir del naturalismo (la dicotomía crítica "civilización y barbarie", aplicada frecuentemente a las llamadas novelas ejemplares americanas, es un tipo de aproximación al problema). Hemos señalado cómo el surgimiento de esa

tendencia literaria, el naturalismo, coincide en Hispanoamérica con la madurez del orden neocolonial.

Subrayemos ciertas claves de *El Ideal de una Esposa*: la contraposición de dos sectores de la sociedad chilena en un período bien determinado; el propio carácter de su protagonista, cuyas taras psíquicas, no sólo manifestadas en sus extremados celos sino en algunas apenas insinuadas deficiencias sexuales, le impiden la felicidad; el correlato que esta incapacidad encuentra en las distancias insalvables que separan, en la sociedad, el antiguo del nuevo orden. Por tales rasgos esta novela de Grez se presta admirablemente para un estudio que determine la ligazón que une a la novela hispanoamericana con el desarrollo económico del continente, y que dilucide, a partir de la posible homología que pueda establecerse entre el neocolonialismo de nuestros países y su narrativa, la especificidad de la épica hispanoamericana.

Si sumamos a esa posibilidad apasionante los abundantes méritos literarios en que *El Ideal de una Esposa* es rico (entre los cuales la acabada captación del lenguaje popular no es el menor) comprenderemos su importancia en el desarrollo de nuestras letras y la oportunidad de esta nueva edición que hoy se ofrece.

LUIS IÑIGO MADRIGAL

Departamento de Español

Universidad de Chile